



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

PROFESOR DR. IVAN PUZYNA

Estudió en Petrogrado (Leningrado) y Roma. Ha publicado numerosos estudios en ruso, alemán, inglés, francés y serbio. En alemán: *Die russische orthodoxe Kirche und die Unionsfrage* (La Iglesia ortodoxa rusa y la cuestión de la Unión); *Die Kultur der Renaissance in Italien und in Russland* (La Cultura del Renacimiento en Italia y Rusia); *Dostojewski und das Evangelium Aeternum* (Dostojewski y el Evangelio eterno). En francés: *Le bolchevisme et le monde catholique*. En inglés: *Is Russia the Key to the Reunion of Eastern Orthodoxy?* (¿Es Rusia la dificultad para la unión de los ortodoxos orientales?)....

ES una empresa singularmente difícil el describir la propia conversión a la Iglesia católica. En primer lugar, porque es una obra de la gracia de Dios; y en segundo lugar porque es muy difícil vestir lo Sobrenatural con el manto del humano lenguaje. Además la conversión señala el punto culminante de la evolución espiritual de un hombre. Por eso encuentro casi inasequible el propósito de ilustrar en pocas líneas todo el largo camino de mi evolución espiritual. Sin embargo voy a acometer la empresa, con el fin de servir a mis semejantes.

Y comienzo con mi infancia. Mis padres eran personas creyentes y piadosas. Lo era de manera singular mi madre. Una tarde era yo testigo de cómo oraba varias horas seguidas. Con frecuencia me llevaba consigo al camposanto, donde una hermanita mía, llamada Tanja, ocupaba una sepultura. Tanja murió a los 16 años. Era una amable y excelente muchacha. Mis padres no podían consolarse de su pérdida, y sólo en la fé de Cristo encontraron fuerzas para soportar la prueba. Yo mismo, que contaba sólo seis años cuando murió mi hermana, conservé un recuerdo íntimo y afectuoso de Tanja, y muchas veces, en las pruebas difíciles, he sentido su ayuda; a veces, en ocasiones en que no podía esperar ninguna otra ayuda.

Fué un día de otoño cuando se me reveló la verdad católica de la unidad de la Iglesia. Yo tenía como doce años y asistía a un oficio divino. Era un día bello, y los rayos de sol irrumpían esplendorosos en la Iglesia. El sacerdote recitó la oración: "Concedenos, Señor, la Unión de todos...." Esta oración, que yo conocía muy bien, en aquella ocasión me llegó al alma. Pero pasaron largos años, sin que yo profundizara en la sabiduría de sus consecuencias.

En 1913 presenté en la Universidad de Petrogrado el examen para el grado de

Maestro. Como estudiante de la Facultad histórico-filológica me aficioné con predilección a la Historia de la Edad Media y el Renacimiento. En un círculo de estudios, bajo la dirección de un Profesor, tratamos de profundizar en las obras y en la concepción de la vida de los pensadores de la Edad Media. Una profunda impresión produjeron en mí las Confesiones de San Agustín y sus pensamientos en el libro "De Civitate Dei" (La ciudad de Dios). Con un interés extraordinario leí también por entonces el libro de Pablo Sabatier sobre San Francisco de Asís, y pronto fué este Santo uno de mis grandes amores. Hasta hoy he permanecido fiel a éstas mis dos primeras predilecciones católicas.

Como era costumbre en Rusia, fui enviado por la Universidad al Extranjero para perfeccionarme en mi especialidad y preparar la tesis doctoral. Escogí Roma como mi centro de residencia y de estudio. La elección no era del todo lógica, porque mi investigación tocaba el periodo de los Medici. Pero un deseo incoercible me arrastraba a Roma.

Llegué a Roma, al comenzar el año 1919. ¿Cómo describir la impresión que produjo en mí la Ciudad Eterna? ¿Con qué entusiasmo me paseaba yo por las ruinas de la Antigüedad, que testimoniaban la gloria de la antigua Roma! Pero aún producían en mí más honda impresión las ruinas de los primitivos siglos del cristianismo. La sangre de los mártires me pareció más estimable que el brillo de los Césares. Por todas partes, aquí y allá, descubría el triunfo de la Cruz. Roma llevaba el sello de los siglos, pero en las obras de inmortal belleza triunfaba siempre la fe de Cristo: en las Iglesias y en los Palacios, en las pinturas y en las estatuas, en las costosas colecciones de libros... Verdaderamente una ciudad de Cristo, repetía yo con piadoso entusiasmo, una ciudad predestinada para anunciar al mundo la gloria de Cristo. Me produjo también profunda impresión el altar del foro romano, consagrado al "Dios desconocido". Ese Dios desconocido de los gentiles piadosos, era nuestro Dios y Rey Jesucristo, y Roma era la capital de su reino terreno. ¿Era este un pensamiento católico? Pronto me había de familiarizar mucho más con la ideología católica.

Vivía en Roma mi compatriota Vladimiro Zabughin. Yo no lo conocí en Rusia, aunque nuestros padres eran amigos. Pero ambos nos ocupábamos en investigaciones parecidas: la historia del Renacimiento Italiano. Zabughin era el primer católico ruso, es decir, el primer católico de rito oriental, que yo conociera. Con frecuencia paseábamos juntos por los alrededores de Roma y así visitamos el Monasterio de Grotta - Ferrata, que pertenece al rito oriental y conserva en la liturgia la lengua griega. Los Oficios de Semana Santa en Grotta-Ferrata, del año 1914, fueron para mí un gran acontecimiento. También visité con frecuencia la Capilla Católica de San Lorenzo, donde Zabughin oficiaba cada domingo de Diácono. Estaba también a mi disposición la rica biblioteca de Zabughin con numerosas obras de pensadores católicos. Por esta época leí con singular entusiasmo las obras del gran filósofo ruso-católico Vladimiro Solovjev.

Las buenas impresiones que del catolicismo de Vladimiro Zabughin recibí, quedaron en parte neutralizadas por el conocimiento que hice en Roma con un sacerdote ruso-católico. Observé en este sacerdote una cantidad de aptitudes negativas, que me produjeron repugnancia. Por otra parte estas impresiones desagradables no eran el único motivo, que me impidió hacerme católico el año 1914. Más bien estaba en la persuasión de que como ortodoxo, yo pertenecía a la verdadera iglesia de Cristo. Ciertamente la organización externa de la Iglesia, a que pertenecía, me parecía más completa que la de la Iglesia romana; sin embargo me persuadía que conservaba aún todas las características de la verdadera Iglesia de Cristo, ya que conservaba todos los sacramentos de la Santa Madre Iglesia y no consentía ningún error. Yo podía pues —así razonaba— ser también feliz en su seno. Otro segundo pensamiento me preocupaba también por entonces. Si la organización externa de la Iglesia Ortodoxa —me decía— es deficiente, mi deber personal está en contribuir con mi esfuerzo a superar ese mal; es decir, con otras palabras, en trabajar por la Unión de la Iglesia.

El estallido de la guerra europea y los problemas que me creó la guerra, ahogaron en mi alma por largo tiempo la preocupación por la Unión. Más tarde las an-

gustias y preocupaciones de la guerra civil y la Revolución bolchevique me dejaron muy poco tiempo para cuestiones e intereses ideales. No quiere decir esto que la Revolución y el Bolchevismo apagaron mis anhelos religiosos. Al contrario. Yo visitaba las Iglesias con más frecuencia que antes y en nada flaqueó mi fe. Pero yo ví claramente: El Bolchevismo es el Enemigo; y la doliente Iglesia rusa, la obra de Dios.

A fines del año 1919 se habían agravado de tal manera las circunstancias, que no encontré recurso para seguir viviendo bajo el gobierno soviético. Convenci pues a mis familiares sobre la necesidad de la fuga, pero pasaron largas semanas antes de que pudiera realizarla. No quiero contar aquí todos los incidentes de esta aventura, pero algunos debo contarlos necesariamente. Nuestra familia se dividió en dos grupos. Mi hermano y yo nos asociamos a cuatro contrabandistas finlandeses, que se habían fugado de una cárcel bolchevique y ahora trataban de pasar a pié hasta su patria por el helado golfo finlandés. Mi señora, mi cuñado y mi cuñada nos debían seguir más tarde en un trineo. Uno de los contrabandistas los debía dirigir, y nos pidió tanto dinero, que puede decirse que se llevó toda nuestra fortuna.

La fuga desde Petrogrado a Finlandia, que se realizó en la noche del 12 al 13 de Febrero, resultó para mí, que no soy deportista, una empresa extraordinaria. Mis frecuentes resbalones en el hielo, limpio y brillante como un espejo, me fueron extraordinariamente dolorosos. Casi a cada paso resbalaba. A pesar de todo había que avanzar, pues la vida de mis familiares dependía del éxito de nuestra fuga. Así pude seguir adelante. A veces incluso teníamos que correr, cuando nos acercábamos a algún puesto de los bolcheviques. En aquellas horas de supremo dolor, algo muy extraordinario me sucedió. Advertí repentinamente a mi derecha dos rostros resplandecientes que caminaban a mi vera o mejor dicho me acompañaban. Su presencia era para mí una seguridad y un consuelo en mi dolor. Pero ¿quiénes eran? Es lo que pregunté a mi hermano que caminaba a mi izquierda. Sin embargo él a nadie veía, si no es el rostro de los cuatro contrabandistas que nos guiaban. Yo sin embargo observaba las dos figuras que caminaron largo tiempo y parejos a mi vera.

Todavía sucedió en nuestra fuga otra cosa verdaderamente inexplicable. Mi hermano resbalaba mucho menos que yo. Pero una vez cayó tan apatosamente que se dió un gran golpe en la cabeza y perdió el sentido. Yo rogué, por lo mismo, al jefe de los contrabandistas, que esperaran un poco. Pero él me respondió que aquel paso era especialmente peligroso. No sólo no se podía esperar, sino que era preciso correr. Como él y sus compañeros se alejaron de nosotros en veloz carrera, no me quedó otro recurso que cargar en hombros a mi hermano y correr tras los contrabandistas. Yo no había cesado de caerme. Pues, en aquella hora, cuanto duró nuestra carrera, no me caí una sola vez.

No es de este lugar el narrar todos los episodios de la fuga, ni la manera maravillosa cómo se realizó la de nuestra familia. Pero la aventura fué para mí un verdadero milagro de Dios, y con el más fervido reconocimiento agradecí al Señor la bondadosa providencia con que nos había salvado.

El punto de reunión de todos los fugitivos rusos, que pasaban la frontera finlandesa, era Terrijoki. También hice yo mi primera parada, acompañado de mi mujer, en Terrijoki, viviendo largo tiempo en la casa del párroco (protestante), con el que trabé una estrecha amistad. Fué precisamente él, quien defendió en el Ayuntamiento mi candidatura para director de la escuela comunal. Me entregué en cuerpo y alma a mi profesión de maestro y consagré a la escuela mucho tiempo, esfuerzo e interés para lograr la educación religiosa y moral de mis numerosos alumnos. El año y medio que pasé en Terrijoki fué para mí época trabajosa en el aspecto religioso y moral. Me interesaba entonces singularmente la historia de la Iglesia primitiva y la vida de Cristo. En Terrijoki tuve ocasión de leer los recién aparecidos "Kleinen Schriften" (Pequeños escritos) de Harnak, como también las obras de otros pensadores protestantes. Me proporcionaron una serie de datos menudos y concretos, pero en su concepción de la Iglesia me parecieron errados e incompletos. En mis conversaciones con el párroco no dejé de exponerle mi manera de pensar en los asuntos religiosos y mi ideal de la Unión de la Iglesia. El párroco era muy culto, pero conocía poco la Iglesia Católica. Como respuesta a mis proposiciones cogió un libro de su

biblioteca y me lo alargó. Era un libelo contra la Iglesia Católica, un libelo, que a mí, con sólo la forma grosera de su demostración, se me hizo antipático.

Cuando en 1922 llegué a Alemania, ocupaban por igual mi espíritu los problemas científicos de mi especialidad y las cuestiones religiosas. Diversos escritores protestantes ejercieron sobre mí un gran influjo. Debo mencionar particularmente la última gran obra de Harhak; sobre la doctrina de Marción. En su doctrina encontré la explicación de los acontecimientos, de que yo mismo había sido protagonista. El Bolchevismo, así me decía yo después de su lectura, es una obra de Satanás, y no es mejor el respeto del mundo, que traba relaciones y convenios con el Bolchevismo. Marción me decía: "El mundo todo es obra de un sér perverso; el reino de Cristo es otra cosa". Cada día me enfrascaba, pues, más en la Mística, y leía con vivo interés. Así sucedió que mi concepción religiosa era por una parte individualista, y, por otra, todo lo que encontraba sobre la Mística cristiana, mahometana, budista y antigua, universal. Individualista, porque yo concebía mi religión a mi manera; universal, porque la mística abarcó algunos pensamientos centrales, comunes a todas las religiones. Fué en esta época cuando compuse mi trabajo sobre la Filosofía del florentino, Marsilio Ficino.

Pronto advertí el peligro a que me arrastraba la evolución de mis ideas; pues la concepción sújetiva de la Religión, arrancaba de mi alma todo lo que fuera la Iglesia. ¿No sería tal vez el pecado de la Reforma (protestante), el espíritu de la nueva teología protestante, que influía en mí? Para entender mejor el espíritu y la esencia de la Reforma comencé a estudiar con interés la vida de Lutero; pero muy pronto advertí que en las discusiones de Eck y Lutero me ponía a favor de Eck. Así, por ese tortuoso camino volví de nuevo a acercarme a la concepción católica de la Iglesia.

El año de 1923 llegaron nuevos fugitivos rusos a Berlín. Eran profesores, que habían sido destituidos por las autoridades bolcheviques, porque su concepción de la vida no era marxista. Entre ellos tropecé con un ruso católico, de nombre Kusmin Karawayew. Yo me acordaba muy bien de un estudiante del mismo nombre que en la Universidad de Petrogrado era conocido como un fervoroso bolchevique. Tanto más grande fué mi sorpresa, cuando averigüé que Kusmin Karawayew había abandonado el partido bolchevique, se había convertido al catolicismo y aun había estado en la cárcel por defender su fe. Pronto fuimos Kusmin Karawayew y yo grandes amigos. El pensamiento de la Unión de la Iglesia encontró también en su alma una resonancia generosa y entre los dos fundamos una Sociedad con el fin de trabajar por la fusión en una sola, de las Iglesias Católicas y Ortodoxa.

Desafortunadamente se dividieron nuestros caminos algunos meses más tarde. El Obispo Tychon, jefe de la comunidad ortodoxa de Berlín, a quien yo manifesté mis tendencias hacia el catolicismo, no encontró otra solución que hacerme prometer solemnemente que en tres años no abandonaría la Iglesia ortodoxa. Yo cumplí esta promesa hecha delante de mi confesor. Mis predilecciones por la concepción católica se iban robusteciendo con la lectura de los evangelios, la enseñanza de la unidad de la Iglesia de Cristo y la doctrina de la primacía del sucesor de San Pedro: se fundamentaban en la historia; también en la realidad de que la primitiva Iglesia ortodoxa rusa estuvo en unión con la Iglesia universal, habiéndose esperado más tarde no de derecho sino de hecho.

A principio del año 1924, desobedeciendo al Obispo Tychon, llegué hasta a enfrentarme en pública discusión a Kusmin Karawayew, que delante de una grande concurrencia defendía la Unidad de la Iglesia. En contra suya expuse yo mi teoría de que la Ortodoxia debía considerarse como el "manto espiritual" del pueblo ruso. Mi hábil réplica fué acogida con calurosos aplausos de los oyentes. Pero a mí mismo me desagradaba mi propia dialéctica; y, triste, abandoné la sala sin valor para aguardar el encuentro de Kusmin Karawayew. En lo interior de mi alma yo estaba persuadido de que era él el que tenía la razón y no yo, a pesar de los aplausos del público.

Los tres años siguientes fueron para mí sinceramente desoladores. Mi alma pertenecía ya a la Iglesia católica, pero mi promesa me alejaba de ella. La consecuencia fué una reacción contra todo lo religioso, en general y mientras duraran esos

tres años. Ya que no podía seguir la voz de mi conciencia, no quería saber y oír absolutamente nada de Religión. Pero aún en esa época triste y desgraciada, no me abandonó la mano amorosa de la Providencia divina. Por mediación de mi hermana trabé conocimiento con el Profesor Dr. Berg, director espiritual de los católicos rusos en Berlín. Su ayuda generosa y sacrificada en favor de los Ortodoxos produjo en mí una grande impresión. La grandiosa obra de caridad con que los católicos alemanes ayudan a los ortodoxos, me descubrió un santo campo de acción de la Iglesia Católica, que en medio del dolor y del amor, de las luchas y de los triunfos inunda el universo entero. Pero ¿cuánto tiempo iba a permanecer todavía lejos de la Iglesia? No lo sabía. El último golpe de la gracia para mi conversión fué una circunstancia externa.

En otoño del año 1927 hizo publicar el Obispo Sergio, el lugarteniente del Patriarca y Cabeza de la Iglesia ortodoxa-rusa, una proclama en la que unificaba los intereses del Bolchevismo y la Iglesia ortodoxa. Esto era sencillamente espantoso! Los bolcheviques atacan la Iglesia de Cristo —el Ateísmo pertenece a la esencia del Bolchevismo—. ¿Qué hacer? Muchos rusos ortodoxos rompieron con la Iglesia patriarcal y formaron comunidades autocélicas. Otros trataban de explicar la Proclama del Metropolitano Sergio como una extorsión. Ambas cosas eran para mí intolerables; pues no había duda de ningún género de que Sergio era la legítima cabeza de la Iglesia rusa ortodoxa, y que no hay fuerza que pueda doblegar a la Iglesia; al menos a aquella Iglesia a la cual se le prometió que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella. Así buscaba yo a la verdadera Iglesia, a la invencible, a la que anunciaba el Evangelio. Mi determinación estaba tomada. Una tarde de otoño conocí la Proclama del Metropolitano Sergio; a la mañana siguiente notifiqué a mi mujer, que yo abandonaba la Iglesia ortodoxa y me hacía católico.

La determinación fué fácil, pero me costó una noche de insomnio. Me era indeciblemente duro separarme de una Iglesia, a la que me unían tantos y tan codiciosos recuerdos. Después de la determinación pasaron aún largas semanas antes de que fuera recibido en el seno de la Santa Madre Iglesia Católica. Este tiempo hasta mi incorporación en la Iglesia Católica, fué para mí singularmente doloroso. Con todo, la Providencia me mandó un consuelo celestial que alivió mi desolación. Un día, entre los objetos que mi esposa trajo del mercado, dí con un periódico viejo, que había servido para envolver algo y en el que se hablaba de Teresa Neumann. Yo no había leído aún una sola palabra sobre Teresa Neumann. Entre otros detalles cautivé mi curiosidad el averiguar las lecturas predilectas de Teresa Neumann, entre las que se contaba la vida de Santa Teresita del Niño Jesús, cuyo nombre escuchaba también por vez primera. Aquella misma tarde me dirigí a un sacerdote católico para obtener esa vida. El me prometió procurármela. Pero cuál no sería mi admiración cuando hojeando uno de los libros de la biblioteca del sacerdote encontramos la imagen de Santa Teresita del Niño Jesús. Al día siguiente tenía en mis manos el deseado libro de la Santa. Los próximos días los pasé orando a la santita, que desde aquel día no ha abandonado ya mi corazón y mi hogar.

El 15 de Octubre de 1927, el día de Santa Teresa de España, fui recibido en el catolicismo, dentro del Rito ruso-oriental. Mi caso constituye sin duda una excepción: es decir, el que un convertido adulto que ha pertenecido a la Iglesia ruso-ortodoxa, al tratar de incorporarse al occidente latino, escoja precisamente el rito oriental, con sus maravillosas oraciones y la peculiar forma de piedad del Oriente cristiano. Pero yo lo preferí, porque así tenía la sensación de conservar con el rito mi espíritu de oriental convencido, y de que la fé católica no constituía una fuga de mi pasado ortodoxo, sino una vinculación y un retorno a lo Primitivo.

¿Dónde está, por lo tanto, el valor y el sentido de mi conversión? Dice el Evangelio de San Lucas, que el hombre puede saciarse con toda palabra que viene de la boca de Dios. Yo escuché la palabra de Dios sobre la unidad de la Iglesia y me he atendido a sus consecuencias. Pienso sin embargo que los creyentes, que atienden y siguen en serio una palabra de Dios, implícitamente reconocen todos los mandamientos de Dios y están dispuestos a obedecerlos. Así pues, en mi vida espiritual mi conversión no es el último paso, sino el primer peldaño de los esfuerzos humanos por conseguir la salvación eterna.